

L'Épêcle-Mêcle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

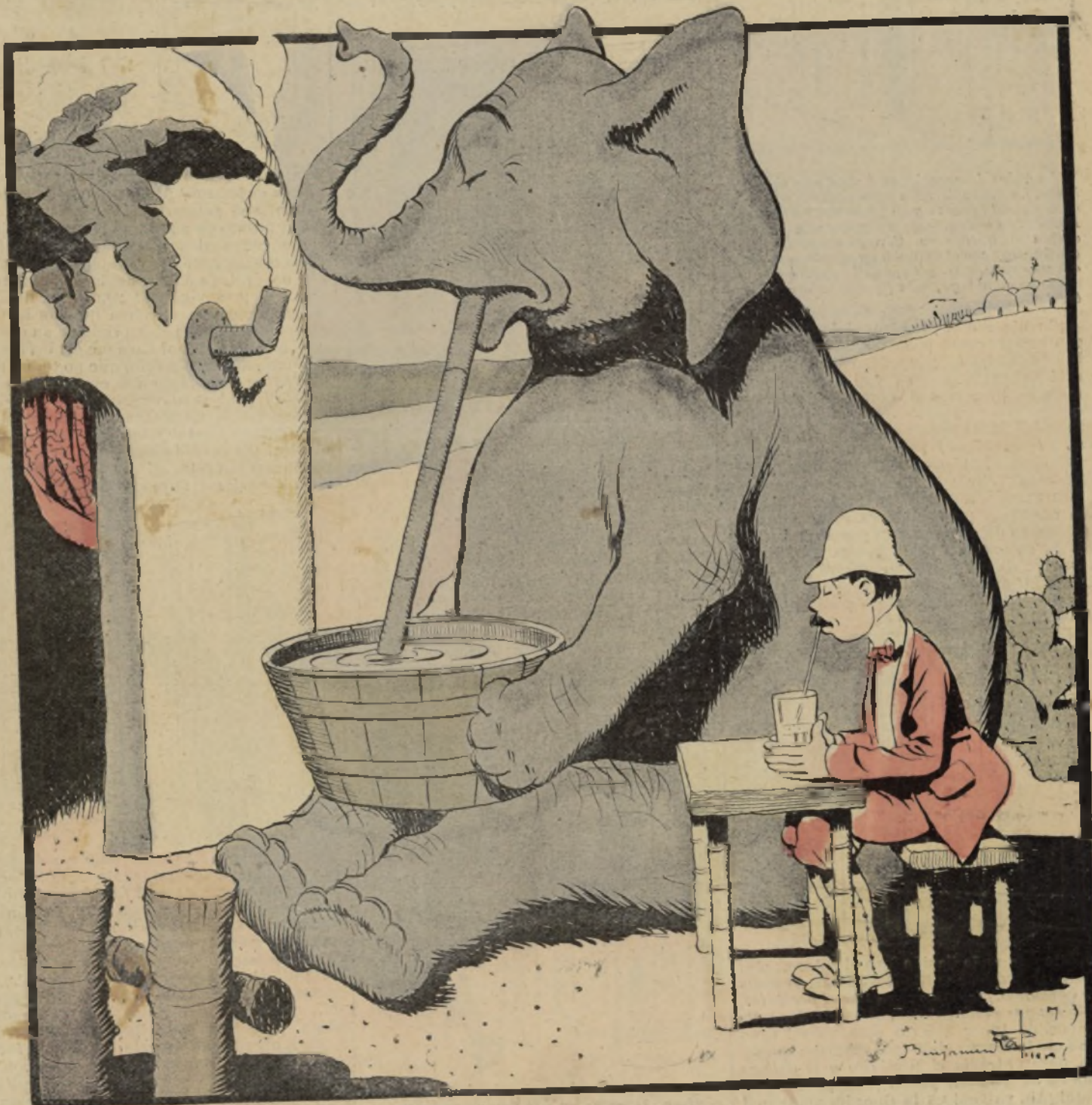
SUBSCRIPCIONES:	
España	1 año 7'50 ptas.
	6 meses 4
Unión postal	1 año 10
	6 meses 5'50

DIRECCIÓN:
 PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción o traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: **BARCELONA.** Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



Espiritu de imitación

ENTRE LA MUCHEDUMBRE

MONÓLOGO



(La única decoración será una puerta de dos hojas. La mano derecha enguantada, sombrero de copa en la cabeza y un periódico en la mano. Duval abre ligeramente un lado de la puerta y asoma medio cuerpo. Con su mano izquierda oculta, sostiene el botón y puede de este modo apretar contra sí la hoja de la puerta que, durante su monólogo, debe figurar la muchedumbre.)

¡Cuánta gente! ¡Qué tropel de gente para contemplar cómo pasa hoy Eduardo! ¡Habrá badulaques! ¡Muy desocupados andarán! Lo que es yo, no voy al Ministerio esta mañana. ¡Conque todo el mundo saciará su curiosidad menos yo! Ni por pienso. ¡Aprieta la hoja de la puerta contra sí. Dirigiéndose a la multitud. ¡Ea, no empujemos, no empujemos! (Al público.) Según dice mi periódico... (Mirando el reloj.) Son ahora las diez y media... seguro que ha terminado ya la revista... ¡pues debiera estar aquí! El periódico dice que pasará por aquí... (Oculta su cabeza tras de la puerta para imitar una voz de pilluelo.) ¡No pasará... no pasará! (Al pilluelo.) ¡Imbécil! ¿Por qué permaneces aquí entonces? (Al público.) ¡Es un



pillote que anda haciéndose el interesante! Pero, ¿y si dijese verdad? Veamos, veamos el periódico. (Se esfuerza en leer el periódico, á la vez que recibiendo empujones.) ¡Vaya, es imposible tener abierto este papel! Creo que me hubiera valido más estar quieto en casa. (Arroja el periódico y se aplasta contra la puerta.) ¡Hola! ¡qué zarandeo es éste! ¡Ah, ya veo! es la Guardia municipal que nos obliga á retroceder echándonos en-

cima los caballos. (Con la cabeza á flor de puerta y voz enronquecida.) Gritad: ¡Ven, Eduardo, ven, querido! ¡sabéis? con el aire popular de nuestra cancioncilla. (Al público.) ¡Atención! ¡jojo á los bolsillos! Me parece que mi reloj de oro está peligrosando en medio de este tumulto. Y á fe que maldita la gracia que me haría si me lo birlasen... es un recuerdo de familia. Nada menos que es un legado del cuñado del hermano del abuelo de mi mujer. (Con ternura.) ¡De mi queridísima mujercita! ¿Qué estará haciendo en este momento? Es positivo que está remendándose los calcetines... Para mayor seguridad, no voy á separar las manos de los bolsillos... no me soplasen también el portamonedas. ¡Qué horrible



sombrero el de esta señora! no va á dejarme ver nada. (Con su mano izquierdita no enguantada, se escamotea su reloj, ocultándolo en un bolsillo interior.) ¡Vaya qué estrafalario gusto ese de llevar semejante balumbal... Pero ¿qué hace ese pilluelo, que no cesa de pisarme? (Al pilluelo.) ¡A ver si haces el favor de estarte quieto! ¿oyes? No necesito que me ablandes los callos con tus zancajos. Cuando yo digo que me hubiera estado mejor quieto en casa! ¿Qué hace este gomoso de chistera junto á la puerta? (Duval, al público, mostrando la puerta.) ¡En la puerta! ¡Como quien no dice nada! ¡Vaya un descaro el de ese chisgaravis!... ¡Esta muchedumbre me está causando ya profundo hastío! Por lo demás, va pasando el tiempo... y yo tengo unas endiabladas ganas de almorzar. A ver, ¿qué hora es? (Va á



sacar su reloj, a vierte el robo de que ha sido víctima, y palpa su bolsillo vacío.) ¿Qué es esto?... ¿Dónde está mi reloj?... ¡voto á!...

¡ladrones! ¡me han robado mi reloj de oro! (Grita.) ¡Ladrones!... ¡ladrones!... ¡me han robado el reloj! ¡Eh, guardia! ¿no está usted oyendo? ¡En sus mismas barbas de usted me



han robado! (En la puerta, con voz recia de agente de policia.) ¿Qué está usted despotricando, seó pollino? ¡A ver cómo se naja usted pronto de aquí!... ¡ó le meto en cintura por escandaloso! (Exasperado, al público.) ¡Señores, la justicia es un mito! ¡Ya la policia no protege á los pacíficos viandantes! ¿En qué país vivimos? ¿Qué va á decirme mi mujer cuando advierta que me han escamoteado el reloj del primo de su cuñado del abuelo de su tío? Cara me está costando mi curiosidad. ¡Un reloj que no tenía precio! (Abre con satisfacción ambas hojas de la puerta.) ¡Ah! respiremos un poco. Voy á aprovechar la ocasión para largarme, si me es posible, dando codazos á diestro y siniestro. ¡Es muy desagradable encontrarse entre estas apreturas! (Aghrrrase vivamente á las dos hojas de la puerta.) ¡Eh! ¿qué ma-



nera de empujar es ésta? (Con voz de obrero.) ¡Cuidado, señor papanatas! ¡se ha propuesto usted aplastarme! (Al obrero.) ¡Tiene usted más que quedarse en casa, insolente! ¡Cuando no se quiere recibir empujones, no hay que mezclarse con la muchedumbre! (Al zarandearte, te han derribado el sombrero.) ¡Adiós!... mi sombrero ¡en el suelo!... y ahora me es imposible bajarme á recogerlo... cualquiera se agacha en estas angusturas. ¡Qué idea me habrá dado á mí de venir á enredarme en este revoltijo! (Imitando el ruido de la muchedumbre.) ¡Ooh... ooh! ¿Qué diantre gritan así?... ¡qué agitación es esa?... ¡Ah, será que llega la comitiva! Pero no veo nada... es imposible ver nada... (Con voz de granuja.) ¿Quién quiere

una silla para ver á Eduardo? ¡Cinco francos la silla! *(Al granuja.)* ¡Toma, ahí van, trae una, pronto! *(Hace como que sube á una silla, y grita:)* ¡Viva Eduardo! ¡Viva Loubet! ¡Bravo!... ¡Pero si no son ellos!... ¡pues no estoy aclamando al jefe de los guindillas! *(Desolado.)* ¡Y acabo de darle cinco francos á un pillastre por una silla que no me ha entregado! *(La retuciente chistera se ha convertido en un sombrero-acordeón; bajose á cogerlo, y hace como que le pisan.)* ¡En, torne! ¡patán! ¡no ve usted que me está pisando la mano?... ¡Bonita ha quedado mi chistera! ¡No tengo más remedio que comprarme otra! ¡Me acordaré, como hay Dios, de la visita de Eduardo! *(Se pone el sombrero, se levanta, y se mete entre ojos y narices el puño de un bastón, que con el brazo izquierdo levanta por detrás de la puerta.)* ¡Haga usted el favor de tener cuidado, caballero! ¡Si me descuido, me saca usted los ojos! ¡Al diablo se le ocurre llevar atravesado el bastón para andar entre la muchedumbre! *(Levanta la cabeza.)* ¡Uola! ¡qué hacen todos estos bribonzuelos colgados en las ramas de los árboles? ¡Es posible que esto se tolere? ¡Con tal que alguno no me caiga sobre la cabeza! *(Da un salto al aire y cae sobre una señora gorda.)* ¡Socorro, Atanasio! *(La voz del marido.)* ¡Miserable! ¡está usted atrope-

llando á mi esposa! ¡Tome usted, para que sepa lo que es bueno! *(Oculta la cabeza, y se pega un bofetón; luego, con un poco de carbón se amorata un ojo, y reaparece saludando,*



sombrero en mano) ¡Muchas gracias, caballero; es usted muy amable! *(Aparte.)* ¡Habrás visto brutal! Sino que me lo parece de veras, ya le respondería yo como se merece... ¡Gritos otra vez!... Ahora sí que llega

Eduardo. ¡Viva la Repúblicaaaa...! Pero ¡qué ve! ¡si son los dragones! No me parece bien dar vivas al ejército, desde el momento que formo parte de la actual situación. *(Una voz.)* ¡Le ha robado el sombrero á Loubet! Cuando tu sombrero pára, guárdame un pequeñuelo. *(Al público.)* Ya se sabe, el pueblo es un bobalías... se ríe de cualquier cosa. ¡Ah! ya observo alguna dispersión... parece que se respira más desabogadamente... Pero estoy lleno de polvo... abollado el sombrero, pisoteados los zapatos... es más de medio día, y no he visto nada. ¡Si habrán tomado otro camino! Mal informado anda mi periódico... tendré que cambiarlo. Lo mejor será que me vaya á almorzar. A fe mía, tanto peor; hoy no me ven á mí el pelo en la oficina... ¿qué voy á hacer allí tan tarde? *(Desaparece poco á poco, cerrando lentamente la puerta.)* ¡Cómo me empujan! ¡Basta ya, basta!... ¡Caballero!... ¿me hace usted el favor de no empujar así? *(Por la puerta, apenas entreabierta ya, no se ve más que su mano, que paulatinamente desaparece.)* ¡Uff! ¡Una vez y no más!... ¡Cualquier día vuelvo yo á codearme con la muchedumbre! ¡Me basta y me sobra con hoy! ¡Hasta más ver!... ¡Adiós! *(Cierra la puerta.)*

LUCAS LEGUEY.

Una amiga á otra:
 — ¡Qué edad tienes?
 — En verdad no lo sé de fijo; creo que nací en 1851.
 — ¡Mira qué casualidad! ¡Yo tengo un año más que tú, nací en el 52!

Decía un francés á un madrileño:
 — ¡Pero dónde está ese célebre Manzanares?
 — Pues, hombre, sabrá usted que antiguamente era un río caudaloso; pero tuvo una crecida tan grande que se lo llevó.

Gedeón, que va á casarse, come por primera vez en casa de su novia.
 Al sentarse á la mesa, limpia con solicitud su copa, su plato y su cubierto.
 — ¡Qué hace usted? — le dicen.
 — Hay que tomar muchas precauciones — contesta Gedeón — en las casas que uno no conoce.



Entre covachuelistas

— Amiguito, observo que tiene usted el vicio de llegar muy tarde á la oficina. ¡Siempre nos encontramos juntos en la puerta!



Después de la emancipación de la mujer

LA DOCTORA. — ¿Conque dice usted que el señor sufre mucho?
 LA DONCELLA. — Sí; la señora le ha contrariado esta mañana, y, ya se sabe, en seguida le ha dado el ataque nervioso.

Luchas intestinas



— ¡Es imposible aguantar á usted. ¡No he visto en mi vida chica más torpe! Le doy ocho días para que se busque usted acomodo.



— ¡Conque me despides, eh? ¡Perfectamente!... ¡y como és que gustas de platos fuertes, voy á aderezarte la sopa con el rapé de mi tabaquera, en vez de pimienta!

Entre chicos:
— Me acordaré siempre del terrible castigo que me impuso mi padre cuando me sorprendió en el momento en que iba yo á fumar por primera vez un enorme puro.
— ¿Te dió de bofetadas?
— Fue mucho peor. Me obligó á fumarme todo el cigarro.

En la Boisa.
Un individuo interpela á un amigo que acaba de despedirse muy cortésmente de un sujeto de muy mala reputación:
— ¡No sé cómo se atreve usted á dar la mano á ese tunante!
— ¡Qué quiere usted! Mientras tengo su mano en la mfa, estoy seguro de que no la tiene él en mi bolsillo.

Andrés, viudo que consuelo
En la viudez encontraba,
Oyó á uno que así alababa
Las excelencias del Cielo:
— En el Cielo ¡qué placer!
Todo es paz, todo alegría...—
Y dijo Andrés: — ¡Juraría
Que no está allí mi mujer!
Liborio Porset.



Al salir de un estreno

ELLA. — ¿De modo que antes de acostarte tienes que escribir todavía la crítica de la comedia? ¿Qué vas á decir de ella?
EL CRÍTICO INFLUYENTE. — Pues lo que me parece... que es una verdadera mamarrachada.
ELLA. — Me parece muy duro tu juicio. A mi no me ha parecido tan mal como eso.
EL. — ¡Claro está! ¿qué entiendes tú?... ¡y además, como no se trata de ninguna rival tuya,... no te reconome la envidia!



— ¿Qué estás haciendo, pichona?
— Ya lo ves: tengo hambre, y me preparo un huevo escalfado.

EL HOMBRE SIN CABEZA

Luis Bordón era un infeliz artista que para ganarse el menguado sustento, aporreaba el piano para que se entregasen á la danza las jovencitas de rosadas mejillas y los muchachos peinados á la *dernière*. No faltaba tampoco tal cual señora metida en carnes y alguno que otro caballero que, por más que resoplase como fuelles y se acalorasen de lo lindo, aprovechaban la ocasión de dar cuatro vueltas de vals y media docena de saltironeos de polca para refrescar viejos recuerdos á espaldas del pianista, el cual, más pensaba en el problema de la cena, cuya solución no siempre encontraba, que en las piruetas que pudiese dar el mismísimo sursum corda.

Acababa de salir cierta noche nuestro buen artista de una soirée donde le habían entretenido haciéndole tocar más de lo regular, y trotaba por las desiertas calles presuroso por ganar las alturas de su sexto piso; pues, dicho sea en verdad, no armonizaba sus cualidades la de la valentía.

Apenas llegado ante su domicilio, Bordón llamó, y quedóse atónito al ver que le abrían inmediatamente la puerta.

— ¡Calle! — dijo para sí, — ¿qué misterio es éste? ¿Se acerca ya la época de los aguinaldos, ó qué significa semejante amabilidad? ¡Y como hay Dios, para aguinaldos estoy yo! — añadió lanzando un suspiro y contemplando á la luz de un farol sus torcidas botas, que bostezaban ya por los frentes y por los flancos.

Entró, y fuése derecho hacia una celdilla practicada en la pared, donde dejaba depositada la palmatoria y algunos fósforos; pero se encontró con que había desaparecido el candelero.

— ¡Esta sí que es buena! — exclamó el artista al hacerse cargo de aquel segundo misterio. — ¡Apostaría doble contra sencillo á que los mozos de mudanza son los autores de este desaguinado! ¡Precisamente hoy ha venido un nuevo inquilino á ocupar el quinto piso! Tendré que preguntarle si ha tomado inadvertidamente mi palmatoria. Menos mal, que han dejado algunas cerillas. La noche no es del todo oscura, y podré aprovecharlas para acostarme.

Llegóse á tientas hasta el pie de la escalera, no muy tranquilo en medio de la lobreguez, y después de quitarse las botas

para no despertar á nadie con sus pisadas, subió rápidamente, de puntillas, los dos primeros pisos. Pero apenas llegado al segundo rellano, detúvose bruscamente... Había oído un rumor en la escalera... Escuchó atento, pero un paso vacilante y pesado sonaba lentamente ascendiendo los peldaños un piso más arriba de donde él se hallaba... luego se detuvo en el descanso.

La curiosidad pudo más que el miedo. Luis Bordón, reteniendo el aliento, rozando el muro, avanzó algunos escalones. Sus ojos se habían acostumbrado poco á poco á la oscuridad y distinguían vagamente el contorno de los objetos. Dirigió, pues, sus miradas hacia el desconocido, que proseguía su lenta ascensión.

Miró; y sus cabellos erizáronse de espanto levantándole el sombrero. Había divisado á un hombre delante de él... un hombre con pantalón claro, que movía acompasadamente las piernas para subir los peldaños; entrevió también, por encima de las piernas, un cuerpo con pardesú color avellana, unos brazos terminando en guantes blancos, el derecho apoyado en la barandilla... todo esto nada tenía de particular; pero lo raro del caso era que el busto, un busto como cualquier otro, se interrumpía en una raya de deslumbradora blancura, en un cuello almidonado que relucía en la penumbra, y después, nada más... ¡El hombre no tenía cabeza!

El artista sintió que le flaqueaban las piernas: creyó soñar y se pellizó energicamente una pantorrilla. ¡Si estaré viendo visiones! — preguntóse, mirando y remirando hasta sacarse los ojos aquella extrañeza que ante él ascendía... Nada... que era un hombre sin cabeza... ¡Tercer misterio!

Cuatro partidos se presentaron al atorrizado pianista (¡cuántas jóvenes deseaban otro tanto!): huir, gritar, arrojarse sobre el desconocido, encender una cerilla... (Otros partidos podía tomar sin duda, pero no se le ocurrieron en aquel momento). ¡Huir? ¡Pero cómo, si estaba temblando como un azogado, á tal punto que se vió en el caso de tener que tomar una bota en cada mano para evitar el ruido que producía el choque de los talones y que hubiera podido llamar la atención del monstruo? ¡Gritar? la voz se le quedaba dentro del gznate. ¡Ata-

car? Sus únicas armas consistían en el *Vals Azul*, en la cuadrilla de *Adriana Angot* y en un *Cake Walk* por todo lo alto. ¡Encender un fósforo? ¡Inútil tentativa! Aun admitiendo la posibilidad de que se lo permitiese el temblequeo, aquello significaba exponerse á un peligro real y efectivo. No tomó, pues, partido alguno, é inconscientemente subió detrás del individuo que continuaba su ascensión cachazuda.

Luis Bordón estaba ahora seguro de no haberse equivocado: al incierto fulgor que salía de la mal cerrada mirilla de la puerta del piso cuarto, había visto nuevamente al hombre con su pantalón claro, su paletó avellana, sus guantes blancos, su cuello reluciente... y nada más... Estaba cierto de que aquel hombre no tenía cabeza. Seco el gznate, latándole las sienes como el fuelle de una fragua, sudorosa la frente, el aterrado pianista vió al fenómeno detenerse en el rellano del piso sexto, llegar hasta el pie de la puerta de su cuarto, sí, del cuarto de Luis Bordón, y tratar de introducir la llave en la cerradura. Castañeteábanle los dientes al pobre músico, y tal fué el ruido que llegó á producir con aquel temblor, que la llave paró de pronto en su forcejeo, y, de lo alto del cuerpo del descabezado, dos rayos fosforescentes fijáronse en el horrorizado artista, el cual encontró de repente y como por ensalmo el uso de su voz, dejando escapar un *do* de pecho sobrehumano, mientras que sus botas, abandonadas á su desgraciada suerte, rodaban por la caja de la escalera produciendo un ruido de cristales rotos y rebotes interminables. A este cataclismo oyóse un gruñido del lado del hombre sin cabeza: rasgó la luz de un fósforo las tinieblas, y vióse á un soberbio negro, que, volviéndose hacia el pianista, pálido de terror, le dijo en correcto francés:

— Dispense usted, caballero; me he mudado hoy á esta casa, y creo que me he equivocado de piso. Tranquícese usted; no soy un malhechor.

Y como el fósforo amenazaba quemarle los dedos, el negro hizo una gran reverencia y descendió al quinto piso.

Luis Bordón no se ha atrevido á reclamarle todavía su palmatoria.

ROGERIO DANJAND.



LA COCODRILA. — ¡Qué satisfacción tan grande para un corazón maternal! ¡Repare usted esos diablillos, que apenas si han sacado todavía sus dientes de leche, cómo despachan ya su par de negritos, ni más ni menos que lo han visto hacer á sus papás!



Con mucha satisfacción
Toca Serapio el trombón,
Mas su esposa se rebela;
Pero, si de paso el fuego
Le enciende, ella cede luego,
Y él toca que se las pela.

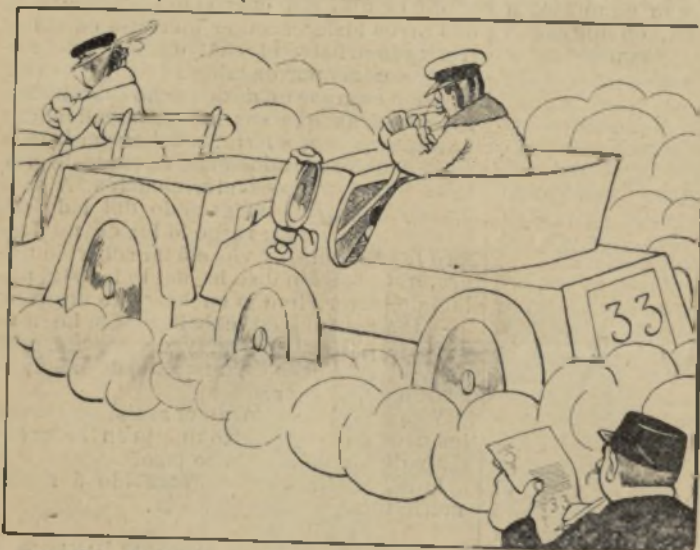
Manual de cortesía para uso de los « chauffeurs »



Cuando os encontréis con el automóvil de una dama ó de una persona de edad, conocida vuestra, pondréis cuidado en ir cerca de ella y no dejarla atrás, aunque vuestra máquina, por ser mejor, os lo permitiere.



El *chauffeur* galante, llegado el caso, debe siempre ayudar á una dama á descender de su máquina; si un accidente os obliga á pasar delante de ella sin que os sea fácil tenderle la mano, deberéis excusaros cortésmente.



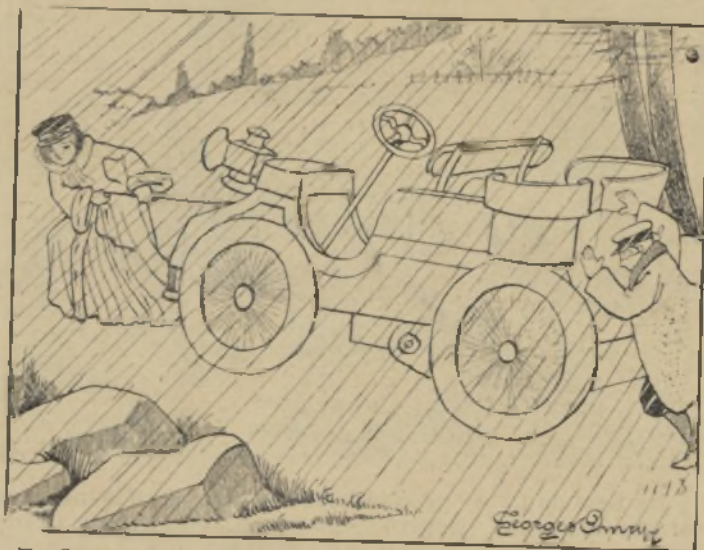
Cuando advirtáis que una dama acelera su marcha inmoderadamente, es preciso seguirla de cerca, ocultar su número y dar el de vuestra máquina al agente que denuncie la infracción.



Si marcháis lado por lado de una persona de edad ó de una dama, y si de pronto veis obs'ruída la vía por una multitud de transeúntes, coches, carros, ciclistas, etc., convenid á que moderéis la velocidad...



... á fin de no quitarle á vuestra compañera el placer de aplastar todo aquel revoltijo. El *chauffeur* galante debe contentarse con las sobras.



En fin, cuando ocurre una avería cualquiera, la cortesía prescribe dejar á la dama que tire de la máquina por delante, á fin de que por el fracaso no se prive de gozar del paisaje.



Después del entierro

— ¡Pobre mujercita mía! ¿Es posible que hayas muerto?... ¡tan joven, tan hermosa...
 — ¿Qué haces, desdichado? ¿No ves que estás aguando el vino?



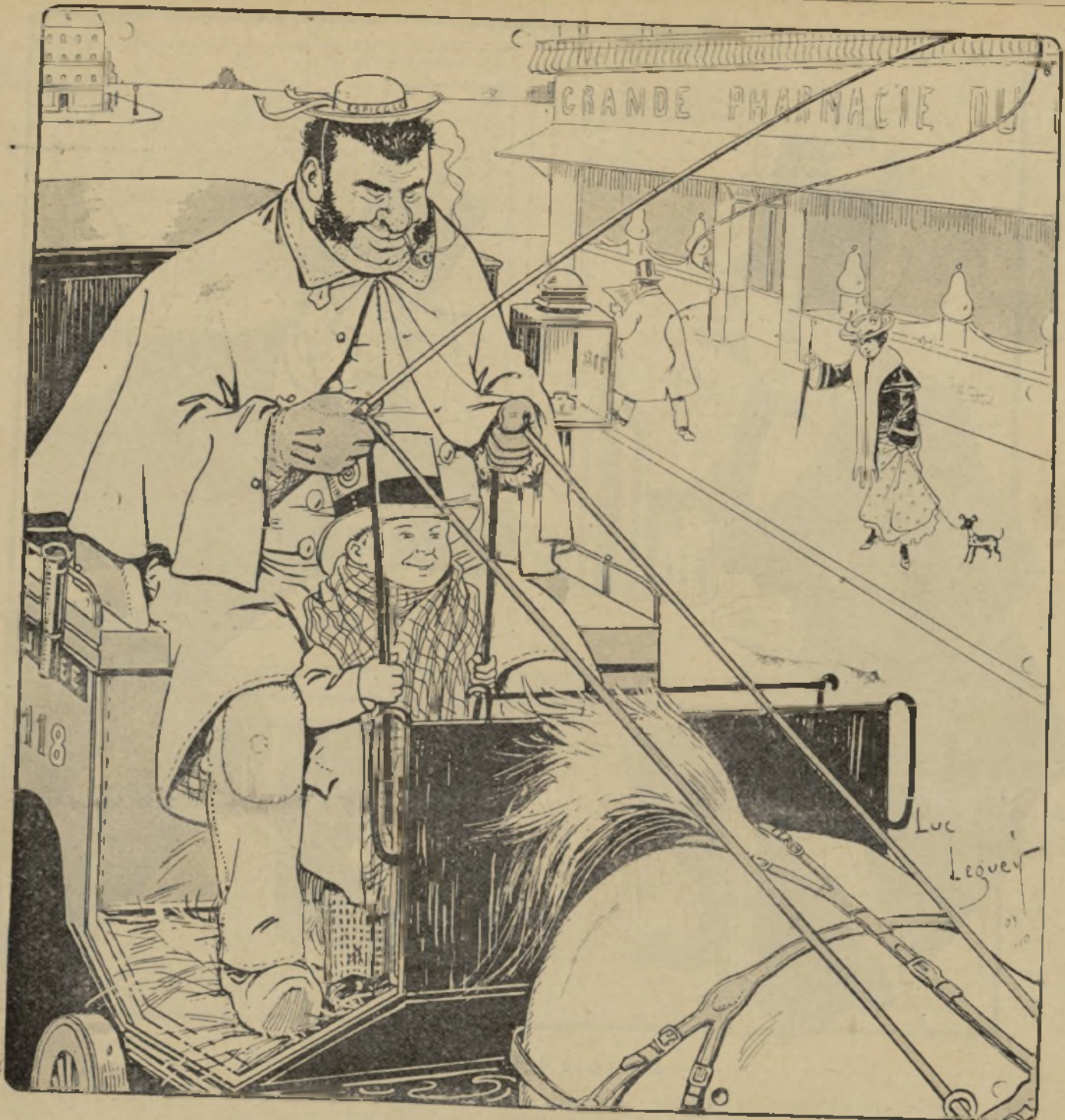
— Vengo á que el célebre pintor Brochazo me retrate.
 — Sirvase usted aguardar un momento, caballero; no hay más que tres personas delante de usted.



— Despache usted pronto; el paquebot para Nueva-York parte dentro de seis minutos, y no quiero quedarme en tierra.
 — No tema usted; está listo en tres segundos.



— ¿Hay otras personas para retratar?
 — ¿A quién le toca el turno ahora?



Lección práctica

— Si gulas bien, te voy á dar luego el látigo como recompensa.

En un Circo Ecuestre se presenta un individuo con objeto de que le contraten en clase de atleta.

— ¿Ha luchado usted ya? — le pregunta el director.

— Sí, señor; mucho.

— ¿Dónde?

— En todas partes.

— ¿Y con quién?

— ¡Con la miseria!

Un médico muy poco hábil, hace una operación larga y dolorosa á un enfermo.

— Debéis tomarme por un carnicero — le dice.

— ¡Oh! no — exclamó débilmente lo que quedaba del enfermo: — los carniceros matan antes de despedazar.

En las oposiciones á una cátedra de medicina:

— ...¿Y qué le daría usted á un individuo que hubiese tomado una gran dosis de arsénico?

— ¡La Extrema-unción!

—*—

— ¿Y aquel piquillo, don Lucas?

— Le pagaré con el tiempo.

— ¡Hombre, vea usted si puede

Pagarme con el dinero!

Liborio Porset.

—*—

En un examen de anatomía:
— ¿Cuáles son los últimos dientes que echa el hombre?

— Los postizos.

Un célebre pintor estaba retratando á una señorita muy presumida, que no cesaba de hacer visajes para figurar la boca pequeña. Cansado el artista, le dijo con mucha calma:

— No se canse usted, señorita; si usted quiere, la pintaré sin boca.

—*—

Consulta médica:

— Doctor, me mata la melancolía y he agotado ya todos los medios de combatirla.

— Queda, aún, un recurso supremo.

— ¿Cuál?

— Vaya usted á ver ese clown tan gracioso que ahora trabaja en el Circo.

— No es posible.

— ¿Por qué?

— Porque ese clown... soy yo.

Historia de un principal humanitario
y de un pie enfermo



EL PRINCIPAL. — ¿Cómo andamos, amigo mío? ¿Hay mejora?

EL CAJERO. — Por desgracia, no, señor; me es imposible levantar este pie.

EL PRINCIPAL. — ¡Anímese usted! El doctor que me acompaña, y con cuya amistad me honro, le curará en seguida.



(Algunos días después.)

EL PRINCIPAL. — ¡Querido doctor!... ¿qué tal? Precisamente iba yo para su casa. ¿Cómo sigue nuestro enfermo?

EL DOCTOR. — ¡Tranquillícese usted, amigo mío; está curado! Mañana mismo acudirá á su despacho, pues ya puede levantar el pie.



(Al día siguiente.)

EL PRINCIPAL. — Como se lo digo á usted, señor Comisario; mi cajero, bueno ya del pie que no podía levantar, ha puesto ahora ambos pies en polvorosa... con la caja á cuestas, que es lo más sensible.



— Haces mal en restaurar esta cama á fin de mes; verás, si te atrapa en esta operación el propietario, como se le ocurre cobrarnos el alquiler á toca teja.



Información periodística

EL DIRECTOR DE UN PERIÓDICO DE ACTUALIDAD. — ¿Qué hace usted, señor Clarión, que no me trae todavía el dibujo representando la llegada de M. Loubet á Roma?

— ¡Pero si esto todavía no corre prisa!

— ¿Cómo que no corre prisa? ¡Estamos frescos! ¡Olvida usted que llega el Presidente á Roma pasado mañana!



— ¿Qué haces aquí, Valdosera?

— Repara, en ese montón, Qué preciosa cafetera

Me he encontrado! ¡Qué ocasión!

Quando Pedro el Grande, de Rusia, viajaba por Francia, se admiró con mucha razón de que un posadero le pidiese cien francos por un par de huevos.

— Según eso — dijo el emperador — son muy escasos los huevos en este país.

— No, señor — respondió el posadero; — pero lo son los emperadores.

—♦—

En la prevención:

Un ratero ha sido detenido en el momento de sacar de un bolsillo un portamonedas.

— Ha sido usted cogido *infraganti* — le dicen. — ¿Qué tiene usted que alegar en su defensa?

— Nada. Que hay días en que tiene uno muy mala mano.

—♦—

Un avaro que pasa de los ochenta años, acaba de prestar un duro á su sobrino, que debe devolvérselo al día siguiente:

— Hazme un recibo — le dice; — ya sabes que todos estamos expuestos á morir.



— Chico, vengo de patinar en grande. ¡El hielo está durísimo!

— Lo hubiera adivinado aunque no me lo hubieses dicho.

Viaje de Novios



(Las dos de la tarde.)

— ¡Adiós, hijos míos! que os pruebe el paseo. No os retardéis; á las siete en punto hemos de sentarnos á la mesa.

— Descuide usted, mamá; tenemos tiempo suficiente para dar una vueltecita por la bahía de Nápoles y contemplar su magnífico panorama.



(Las cinco)

— Whatman, tenga usted la bondad de conducirnos nuevamente á la Porte-Maillot. El Vesubio es magnífico; pero tenemos compromiso de estar de vuelta al anochecer.

EL WHATMAN (apurado). — ¡Eso querría yo, poder regresar sin dilación! Desgraciadamente, se ha roto el propulsor...

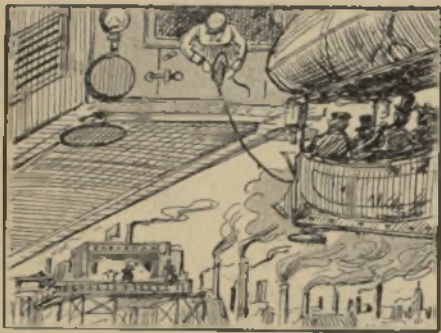


... y tendremos que mantenernos al paio hasta que pase el Correo de las Indias, que nos remolcará... Es cuestión de pocos minutos... ¡Vaya por Dios! ¡no faltaba más que esto! ¡el viento nos arroja ahora el humo del volcán!



(Las seis menos cuarto.)

— ¡Animo, señores! Ya ha llegado el Correo de las Indias, y podremos regresar felizmente.



(Las siete y media.)

EL JEFE. — Whatman, hemos llegado ya á Saint-Denis; es hora de que nos separemos; ahí cerca hay una herrería, que hará la reparación necesaria en un abrir y cerrar de ojos.



(Las nueve, en la Porte-Maillot.)

PADRES É INVITADOS. — ¡Gracias á Dios, ya están aquí!

EL NOVIO (que no sabe lo que le pasa, con aire de vaudeville):

Yo soy un buen mozo rubio,
Que he visitado el Vesubio...

LA NOVIA (lo mismo):

¡Qué excursión más placentera!
Hemos visto Niza, Roma...!

LA MAMÁ (enfurruñada, al Novio):

¡Pillo, granuja, tronera!
¿Esta es la blanca paloma
Que te dí, ó una carbonera?

Poesía conyugal:

Un farmacéutico disputa con su mujer, la cual comienza á llorar á lágrima viva.

— Tu llanto no me intimida — dice el esposo. — He analizado tus lágrimas, las cuales no contienen más que una pequeña parte de fosfato de cal y un poco de clorato de sosa. Lo demás no es más que agua que no sirve para nada.

—♦♦—

Contaba un actor infame
Para ponderar su mérito,
Que debutando una noche
En Pinto, con el «Otelio»,
El público entusiasmado
Le hizo salir con estrépito
Y un sujeto que lo oía
Exclamó: — Bien lo recuerdo,
El público, entre silbidos,
Le mandó salir... del pueblo.

C. Cano.

—♦♦—

Un abogado muy avaricioso tiene que promover un pleito por su cuenta.

— ¿Te ocuparás mucho de él? — le dice su esposa.

— No; voy á confiárselo á un colega.

— ¿Por qué?

— Porque trabaja más barato que yo.

—♦♦—

Dos españoles que acaban de ser presentados cambian impresiones sobre la situación.

— La verdad es que si esto continúa algún tiempo, el comercio se hará imposible. Cada vez marchan peor los negocios.

— Pues en mi establecimiento ha habido que doblar el personal.

— ¿De veras? ¿Pero dónde está usted empleado?

— En el Monte de Piedad.

—♦♦—

Una señora muy romántica pregunta á un caballero.

— Dígame usted, ¿qué media entre la risa y el llanto?

— Pues... ¡la nariz! — contestó el interpelado.

—♦♦—

Un tuerto, un cojo y un manco
Un destino pretendían,
Y el cojo lo consiguió,
Por hacer más cortesías.

J. Rico.



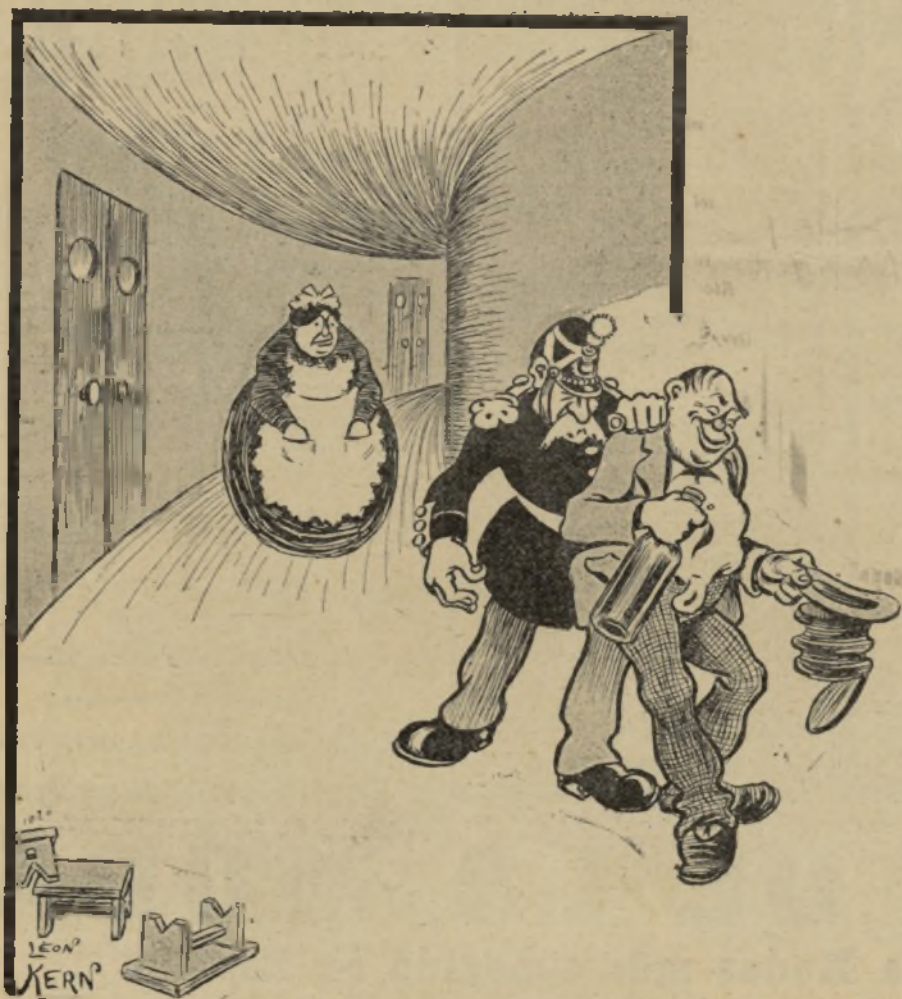
EL CABA! LERO DE LA LIGA ANTIALCOHÓLICA. — ¿Ves, niño? Este triste accidente enseña que el alcohol puede matar en un santiamén á un hombre.



— Esta langosta me parece que no es fresca.
 — ¡Que no es fresca! Tóquela usted un poquito, y verá como salta en seguida.



— ¿Eh? ¿no le decía yo?



— ¡Pillastrón! ¿En el sombrero
 Vas á esconder la bebida?
 ¡Suelta, maldito!
 — ¡No quiero!
 ¡Antes me arrancas la vida!

En un pueblo celebra el Ayuntamiento una rifa á beneficio de los pobres. El primer premio consiste en un magnífico cerdo. Pero la víspera del sorteo muere el animal.

Entonces el secretario manda fijar en las esquinas el siguiente anuncio:

«Habiendo fallecido el primer premio, consistente en un cerdo, el alcalde lo reemplazará, para que el agraciado no pierda nada.»

—*—*—
 En una pendencia Juan
 Tan fuerte golpe sufrió,
 Que un ojo se le saltó,
 Y gritaba con afán:
 — ¡Por Dios! ¡Señor cirujano!
 ¿Llegaré el ojo á perder?
 — Muchacho, no puede ser,
 Porque lo tengo en la mano.

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo)

ENIGMA

Somos de inmenso valor
 En gran porción de vivientes,
 En figuras diferentes,
 E iguales en la labor.
 En muchos casos, dolor
 Y muy vehemente causamos,
 En cavernas habitamos,
 Machacar es nuestro oficio
 Haciendo gran beneficio,
 Pues que á vivir ayudamos.

CHARADA

Dos con prima hay en la acera;
 Es un pronombre la tres,
 Mueble tercera primera
 Y una niña retrechera
 Mi todo. Dime ¿quién es?

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

CHARADA. — Amago.
 ENIGMA. — Hambre.

EL PÊLE-MÊLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisenses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y casa para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española
por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

Primer premio.

Pedro Mata.

Ganará el pan...

Segundo premio.

Mariano Turmo Baselga.

Miguelón.

Tercer premio.

Rafael Pamplona Escudero.

Cuartel de Inválidos.

Recomendadas por el Jurado.

Ricardo Carreras.

Doña Abulia.

Gregorio Martínez Sierra.

La Humilde Verdad.

Magdalena Santiago Fuentes.

Emprendamos nueva vida.

José Sagarra.

Vecesión.

J. Menéndez Agusty.

Marín de Abreda.

De venta en las principales librerías de España y América

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.^ª, Editores

BARCELONA

LUSTRE NUBIAN



Se emplea sin Cepillo.

Aplicándolo una vez cada quince días revive el calzado impermeable conservándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo.
De Venta en todas partes. — Exijase el Nombre y la Marca.
Para calzado de color pídanse la "YOUNG'S CREAM"
C. NUBIAN, 126, Rue Lafayette, Paris.

No empleéis sino las **PLACAS** y **PAPELES JOUGLA**

LOS MESES

TEXTO de los Sres. Alarcón, Campomar, Canovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Perada, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Mas y Fontdevila, Mestres, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NUEVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 30 ptas.
Por suscripción, 5 ptas. cuaderno.
Henrich y C.^ª, editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA